

ESPANA, desde el siglo XVI sobre todo, fue un país sumamente clerical. Los grandes estructuradores de este clericalismo fueron el Gran Inquisidor General, Torquemada; el intolerante rey Felipe II y el negativo Concilio de Trento, cuyas conclusiones y reflexiones se tomaron en España como un nuevo Evangelio nacional.

De la tolerancia a la intolerancia

La tolerancia religiosa que había reinado en la Edad Media entre nosotros marca una gran diferencia con las demás regiones de Europa donde no fue frecuente nuestra comprensión religiosa. Pero esta tolerancia medieval se convirtió, por obra y gracia de nuestros Reyes Católicos, en intolerancia. Menéndez Pidal lo resumió en lapidaria frase haciendo radical distinción entre «aquellos cristianísimos Reyes» del medievo español, y «los después llamados católicos». Aquellos —los medievales— «gustaban llamarse reyes de las tres religiones». Pero a partir de don Fernando y doña Isabel, adoptan una nueva postura en su gobierno, de la cual se enorgullecen, que es la postura de «la intolerancia», que va calando en nuestras costumbres y en nuestro país oficial, a partir de este nuevo apelativo para nuestros reyes, llamándose desde entonces «reyes católicos», y fundiéndose catolicismo hispano e intolerancia en estrecha unión.

El único antídoto medieval que frenó el mal clerical fue un anticlericalismo de buena cepa que tuvieron durante la Edad Media artistas, literatos, historiadores y pensadores, y que perduró después —con más o menos dificultades— frenando en lo posible el creciente incremento paralelo de la fuerza clerical y de la fuerza intolerante que a partir del siglo XVI crece notablemente entre nosotros. Estos anticlericales, de gran fe religiosa por otro lado, fueron los que educaron inteligentemente a nuestro pueblo, con sus críticas de los abusos del clero.

Un sacerdote español actual, Víctor Manuel Arbeloa, acaba de escribir un interesante libro, *Aquella España Católica* (Ed. Sígueme, Salamanca, 1975). En él nos recuerda muchas cosas sabrosas relativas a la relación entre «religión y política en España». Y entre ellas, esta postura popular decididamente contestataria de las actitudes eclesiales, postura que se manifiesta en nuestra literatura y en nuestra historia, sobre todo anterior a la Edad Moderna. Arbeloa, con su libro, me ha servido de recordatorio y estímulo para dar a conocer estas pinceladas de anticlericalismo que existieron en nuestra historia real y que pueden servir de estímulo liberador a nuestra época actual. Historia real que está todavía por hacer en su conjunto, y para la cual habrá que contar necesariamente con trabajos como el de Arbeloa, si queremos saber de verdad lo que pasó en España.

Cualquiera puede renovar sus esquemas históricos leyendo muchas cosas de su libro que nos hacen ver



ANTICLERICALISMO EN NUESTRA HISTORIA

E. Miret Magdalena

el inconformismo de nuestra Edad Media con el clero, que llegaba a límites que son propios de la dureza de la vida de aquel tiempo. Nos recuerda Arbeloa cómo los «burgueses de Compostela» invadieron numerosas veces el templo catedralicio de Santiago y llegaron a encerrar en él al Obispo. O la decidida actitud de un rey cristiano, como el Emperador Alfonso VII, que reaccionaba violentamente contra los excesos económicos del clero y que en Santiago «saqueaba el tesoro del Apóstol, para llenar las arcas del tesoro regio». O atreviéndose incluso don Pedro el Cruel a ordenar la muerte del «prelado Compostelano». Y Sancho IV denostando al obispo de Astorga por su poca espiritualidad. Y los nobles del siglo XIII avasallando al obispo y a los clérigos de Cartagena.

Todo ello, ¿por qué? Porque «en ningún país de Occidente llegaron la riqueza y el poder de la Iglesia a ser tan grandes como en España en la baja Edad Media», como recuerda Arbeloa. Y eso «hacía forzosamente necesario un normal anticlericalismo» (o. c.).

Anticlericalismo literario

Nuestros literatos, pensadores e historiadores arreciaron sus ata-



El católico Jovellanos vio la necesidad de acabar con las «manos muertas» que impedían el desarrollo del país. (Sobre estas líneas, el gran ilustrado asturiano en el famoso retrato que le hizo Goya.)

ques contra los abusos del clero, lo mismo en cuestiones de afán por el poder (pues era frecuente la compra de los cargos eclesiásticos) como de afán por el dinero (dejándose llevar en esos cargos por la avaricia más manifiesta). También se encuentran en los textos de aquel alejado tiempo cristiano críticas públicas a los excesos sexuales de nuestra clerecía: tema picante y desenfadado si los hay, y del cual no hicieron ningún remilgo nuestros escritores.

Américo Castro ha sido una de nuestras plumas contemporáneas que mejor ha estudiado nuestra historia a través de la literatura, y a él hay que acudir principalmente para extraer estos datos de nuestro anticlericalismo literario. Sin embargo, sus hallazgos se pueden hoy completar con estos curiosos datos, que, sobre todo en nuestra literatura religiosa, quiero aportar complementariamente.

El Arcipreste de Talavera (año de 1498) arremete en su *Corbacho* contra los beatos que hacen sutil empleo de la hipocresía para su ventaja material. Y entre estos devotos se encuentran también los invertidos sexuales que «aprenden a bordar, dejando sus maneras varoniles, y se fingen delicados, temerosos y espantadizos», como dice este desenfadado clérigo. O el del

famoso «ermitaño de Valencia» que era «respetado por santo» y que «sanaba a muchos con el agua del pozo de su huerto o con las yerbas que en él nacían». Pero todo eso iba ocultamente mezclado con una vida sexual tan libre que ya «había tenido muchos hijos de muchos vecinos», y dejaba a «otras vírgenes desfloradas» (Corbacho).

En la *Celestina* se cuenta que los sacerdotes son los clientes asiduos y devotos de esta alcahueta tan activa y maliciosa.

Gonzalo de Berceo describe a algún clérigo «borracho y perdido» como cosa natural entonces. Y esta crítica anticlerical es objeto de las jocosas bromas del Arcipreste de Hita, diciendo de la clerecía, con la mayor desfachatez, que «el pueblo nos acusa y critica a diario; y tiene razón». Pero poco se le da al Arcipreste castellano, y al alto clero entonces, de esta saña popular, porque, como dice el de Hita: Conste que no nos importa». Y así, para hacer inocua esta actitud del pueblo, no se le ocurre otra cosa que seguir el juego popular, y por eso dice: «comencemos los clérigos por burlarnos de nuestras propias flaquezas». Recuerdo sin duda hábil, y que consista en dar cuerda, en vez de tirar de ella; y así al final todo queda en nada.

El mallorquín Fray Alonso de Turmeda, el gran defensor de la paz y adversario de toda guerra, descubre con descarnada franqueza «los vicios de frailes y clérigos con placerero regodeo», como dice el profesor Sánchez-Albornoz.

Lo mismo hace Hernando del Pulgar en su historia de *Los Claros Varones de Castilla* y el Canciller Ayala en su *Rimado en Palacio*.

Los escultores y tallistas, con la mayor espontaneidad, esculpen escenas de las flaquezas del clero en las catedrales durante la época del arte gótico, o incluso en pleno Renacimiento, a pesar de que las cosas van cambiando y la libertad de expresión disminuye a ojos vistas.

Lanuza, el Justicia de Aragón, tiene una frase bien significativa que revela el poco aprecio en que se tenía entonces a los frailes. Cuando se encuentra Zaragoza en apuros con los musulmanes se ofrecen aquellos a Lanuza para pelear contra los moros, y al Justicia de Aragón se le escapa un comentario que manifiesta su reacción de alegría ante este ofrecimiento, diciendo con malicia: «O los frailes nos librarán de los moros, o los moros nos librarán de los frailes». En cualquier caso quedaría con ello satisfecho el pueblo zaragozano, puesto que contra unos y contra otros se encuentra la opinión popular.

Igual siguen haciendo los literatos del siglo XVI como Hurtado de Mendoza, Torres Naharro, Gil Vicente y el autor anónimo del *Lazarillo de Tormes*. Tampoco se queda corto —aunque lo hace más cautamente— Cervantes en el *Quijote*, o en *Rinconete y Cortadillo*; y Lope de Vega, sobre todo «en sus cartas sobre los frailes de su tiempo» (Arbeloa —*Aquella España Católica*—, Ed. Sígueme).



Las desamortizaciones de bienes eclesiásticos, llevadas a cabo en el pasado siglo por Mendizábal, primero, y Pascual Madoz, más tarde, sólo beneficiaron a la burguesía, que fue quien adquirió aquellas propiedades.

El pueblo hispano hablaba sin recato de ello, porque —como dice Bataillon— había «un clericalismo enraizado de antiguo en el pueblo» (M. Bataillon —*Erasmus y España*).

Anticlericalismo de los místicos

Ni autores espirituales ni predicadores se cohibían de hablar con la mayor franqueza también de ello. Así, por ejemplo, el místico Fray Francisco de Osuna, autor del famoso *Abecedario Espiritual*, que le sirvió a Santa Teresa para introducirla por los más altos caminos del espíritu. Este famoso fraile no tiene inconveniente en mezclar sus consejos espirituales con sus críticas antiepiscopales. Dice que «todos los Obispos y Prelados vemos que viven de tal manera que las dignidades sirven a ellos, y no ellos a las dignidades». Porque, ¿qué es lo que hacen estos Obispos?: «La renta de los pobres la gastan como si la heredaran de su padre o la ganaran sudando». Pero ni la han heredado ni la han sudado, sino que se aprovechan abusivamente del «patrimonio del Crucifijo».

Muchos prelados de entonces son de los que tienen «anillo y báculo y gran autoridad para comer y ataviarse con el patrimonio del Crucifijo». Osuna pone en guardia a sus devotos y místicos lectores con una lección de realismo crítico popular, ya que mística y realidad no están separadas en nuestro pueblo. Y por eso dice que a estos Obispos se les debe llamar «Obis-potes». Y no creamos que son excepción, ya que de estos malos Obispos «hallarás en la Iglesia de Cristo muchos Obispos más que de los primeros».

En el lenguaje popular se daba el nombre de «obispillo» a una morcilla de gran tamaño, señal del buen y excesivo alimento que tenían los jefes de la Iglesia en aquellos tiempos. Esta malicia popular llega a más, y a esta palabra se le dan otros significativos todavía más despectivos, como cuando se designa con ella «la rabadilla de las personas» (C. Sánchez Albornoz —*España, un Enigma Histórico*—).

Y el escritor Sánchez de Badajoz, en su religiosa *Farsa de la Muerte*, escrita para el pueblo, se mete con los canónigos de Badajoz sacándoles sus defectos de avaricia y de buena vida nada ejemplar.

El gran predicador de Carlos V, Fray Alonso de Cabrera, tampoco ahorra epítetos críticos contra los Obispos de su tiempo. Les ataca por su cómodo egoísmo que siempre les hace excusarse con ficticias razones, evitando así dar límosna o ayunar, dejándolo eso para «una monja, un pobre fraile y una viuda».

Pero no nos hagamos ilusiones a la hora de criticar: los clérigos y religiosos no se libran de esta crítica en la pluma de su colega que conocía bien el paño, y con pinceladas pintorescas describe Fray Alonso de Cabrera cómo cuando muere «una vieja enferma» nadie se acuerda de ella; pero, en cambio, «con el rico, qué diligencia» tienen con él frailes y clérigos para «consolarle». Describe así la escena: Con el rico que se muere: «Hallaréis en su cabecera al clérigo, al fraile de una orden y otra; ¿para qué?, para «su interés», porque esperan conseguir algo sustancioso del moribundo en aquellos decisivos momentos (Alonso de Cabrera —*Antología*—, Editora Nacional, Madrid).

Otro gran místico español, el franciscano Diego de Estella, describe así a los Obispos: «Encontraréis en nuestra época muchos prelados semejantes a estos escri- ▶

«Semana Santa, en tiempo pasado, en España», dibujo de Goya que se conserva en la National Gallery of Canada (Ottawa).



ANTICLERICALISMO EN NUESTRA HISTORIA

KRAHN

bas que abrumaban a sus administrados con multitud de reglas y de leyes, de las cuales se liberan ellos mismos con la mayor facilidad». Estos Obispos tienen dos medidas, la más estrecha para sus súbditos y la más ancha para ellos mismos. Y llegarán además a angustiar a las almas con «excomuniones», «censuras» y «multiplicando a tal grado los preceptos, que se creería ver resucitar la ley de Moisés», esa ley que tenían los judíos del Antiguo Testamento, nada menos que con 613 mandamientos. En cambio, «ellos viven en el fago y la opulencia, y se entregan en cuerpo y alma a todos los vicios». Así hacen estos Obispos figura de «tiranos llenos de soberbia» y no de «pastores» (Fray Diego de Estella —Comentario a San Lucas—). Así hablaban del clero nuestros autores espirituales de la Edad de Oro.

A los predicadores los llama este fraile «indignos, que son como perros que ladran y que la gente hace caíllar echándoles un hueso». Porque eran duros con los demás, a menos que sacasen de ellos alguna ventaja, y entonces por interés se callaban. De los religiosos afirma que «se ocupan de mil intereses temporales y frecuentan las cortes y palacios», en vez de ocuparse de las cosas del espíritu, usando en cambio su hábito como pasaporte para entrar en todos los lugares y darse buena vida. Por eso añade que se parecen a «centauros y sátiros» en sus costumbres y apatencias.

El Arzobispo de Valencia Santo Tomás de Villanueva habla de sus sermones populares de la «postración en que está la iglesia por causa del alto clero». Y dice: «¿No es el oro y la plata lo que buscan los Obispos?, y, en cambio, la salvación es su última preocupación». Por eso, «por haber los prelados abandonado el cuidado del pueblo tuvo entrada Lutero». La reforma protestante la atribuye, en parte, a la necesidad de luchar contra esos excesos episcopales.

Exceso de clero

El gran mal de España estuvo en el exceso de clérigos que hubo en el país. Uno de estos clérigos, en el año 1771, confesaba con sinceridad: «Sacerdote soy, y confieso que somos más de los que somos menester» (Gil González Dávila —Historia de Felipe III—, Madrid, 1771). En tiempo de Felipe IV había entre nosotros unos doscientos mil clérigos, que según las estadísticas demográficas de la época supone el 2,20 por 100 de la población española de entonces. Ahora, que todavía nos parecen demasiados los clérigos del país, sólo alcanzan el 0,15 por 100. Este exceso de antes y, en parte, de ahora hace que intervengan en cosas que afectan al mundo seglar, dominándolo excesivamente, y proyectando sobre nosotros, con aparentes razones teológicas, sus problemas internos de carácter psicológico que tienen ellos personalmente mal resueltos.

Por eso se impuso también en

España, en el siglo XIX, la desamortización de los bienes eclesiásticos, como había pedido públicamente poco antes el católico Jovellanos, para evitar las «manos muertas». Esta posible amortización, incautándose de las excesivas riquezas eclesiásticas, la habían defendido nuestros teólogos clásicos —como Vitoria y Soto— aconsejando al gobernante que era lícita esta decisión cuando la riqueza eclesiástica perjudicase al bien del pueblo. Lo malo fue que, en el pasado siglo, esta riqueza pasó a manos burguesas que no la hicieron productiva ni para beneficio del pueblo.

El clero, al disminuir su riqueza y así su posible ambición crematística, según estos pensadores clásicos, viviría más independientemente y podría decir una palabra más autorizada por encima de los intereses de cada grupo del país. Y, al rebajar su número, los seglares podríamos tener un puesto más responsable y activo en la Iglesia, sin estar sometidos a la dirección



La obra de Américo Castro es un veneno de datos relacionados con el anticlericalismo en nuestra literatura.

paternalista clerical, sintiéndonos libres del dominio de este grupo eclesial sobre las cosas de este mundo.

Hoy todo cambia, y el sano anticlericalismo de otros tiempos ha tomado rumbos muy diferentes, que requieren un análisis detallado. Simplificando, hay que decir que el anticlericalismo no es ya —como antes— una característica exclusiva de la izquierda española, porque ha pasado a centrarse también en la derecha y en la ultraderecha del país, pero por motivos muy distintos de los sanamente clásicos entre nosotros. Lo que sí es cierto es que el clero disminuye palpablemente, con lo que muchas características de grupo cerrado, separado del mundo y dominador se irán perdiendo por razones puramente de número, y el anticlericalismo será cada vez menos necesario al haberse cumplido sus objetivos. ■

E. M. M.

